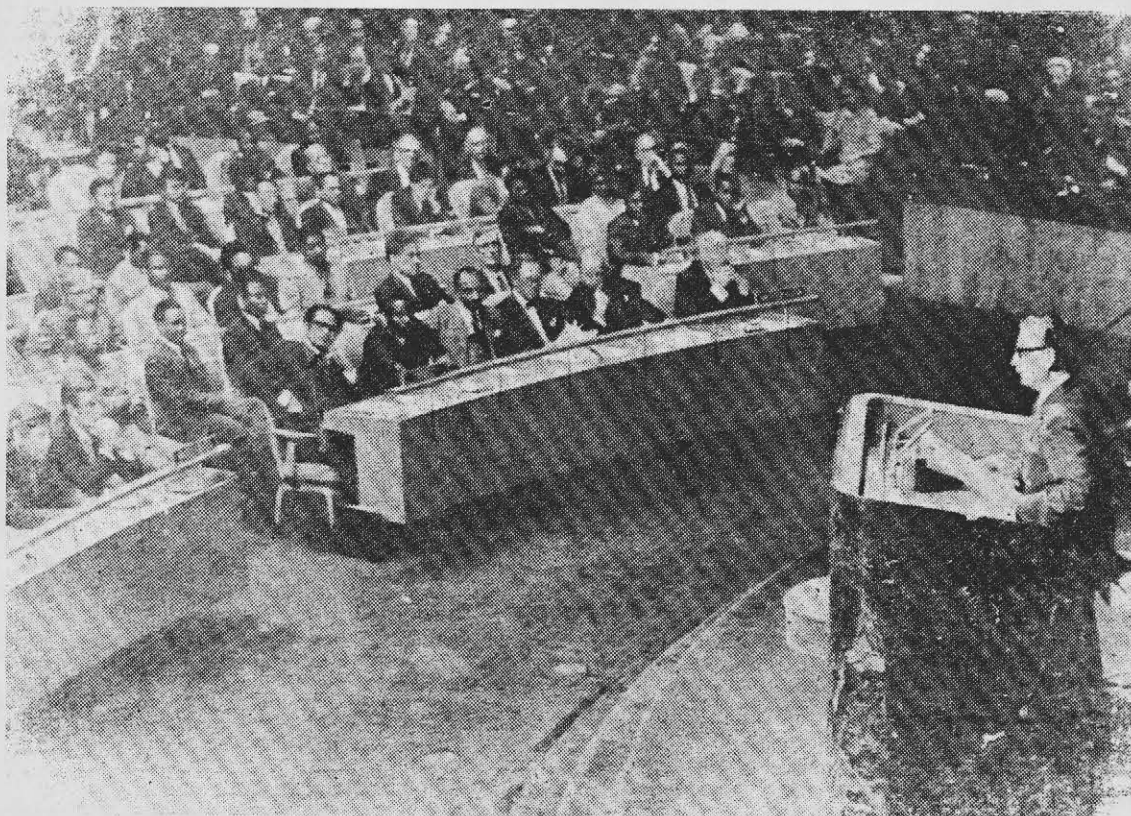


CHILE NO ESTA SOLO

Por MARIO DIAZ BARRIENTOS



SALVADOR ALLENDE, Presidente de Chile, habla ante la Asamblea General de Naciones Unidas, en Nueva York, donde denunció los manejos de la ITT, Kennecott y de las agencias internacionales de crédito.

LA gira del Presidente Allende deja la sensación de que el Jefe del Estado chileno ha asumido, ahora frente al mundo, un compromiso que hasta su salida de Santiago había formalizado solamente ante el pueblo de su país: la voluntad de dirigir el proceso que está viviendo Chile, de superación del régimen capitalista y de apertura al socialismo, manteniendo su contenido revolucionario.

La reiteración de esta promesa, hecha en repetidas ocasiones —el Congreso mexicano, la Asamblea General de la NU, las conversaciones con el presidente Boumedienne en Argel, los discursos en la Unión Soviética y su intervención en La Habana—, muestran el ánimo presidencial adecuado a la convicción de que en su pensamiento Chile no está solo, ni mucho menos. **“No está solo ni ha podido ser aislado de América latina ni del resto del mundo. Por el contrario ha recibido infinitas muestras de solidaridad y de apoyo”** (discurso en la NU-4-XII-72).

Entonces, Allende tenía muy frescas aun las renovadas adhesiones recogidas en Lima, durante su conversación con el presidente Velasco Alvarado, y en México, de parte del presidente Luis Echeverría. A ellas tendría que sumar luego la solidaridad de la propia Asamblea General de la NU y más tarde la del presidente de la Unión Soviética, Nicolai Podgorny, significativa en grado máximo por lo franca y concreta: **“No están ustedes solos en esta lucha. Al lado de ustedes está la simpatía y el apoyo de la Unión Soviética, de las naciones socialistas hermanas y la solidaridad de la totalidad de las fuerzas progresistas contemporáneas”** (discurso en la comida en honor a Allende en el Kremlin, 5-XII-72).

En su agenda, por otro lado, Allende llevaba anotados más ejemplos de apoyo, algunos tan antiguos como el de Cuba, que ha entregado sin reservas, permanentemente, su adhesión revolucionaria al gobierno popular chileno desde el mismo momento en que Allende asumió la presidencia, en noviembre de 1970; otros, más recientes, como la adhesión de los países no alineados, decidida en su conferencia en Georgetown, Guyana; la prueba de confianza que significó la elección de Santiago, como sede de la UNCTAD III; la fe entregada a Chile en los campos de integración económica y cultural en los planos regional y subregional latinoamericanos, por Argentina, México y los países del Pacto Andino; el apoyo irrestricto de los países exportadores de cobre a la posición chilena frente a la agresión de la Kennecott y en defensa del comercio de su principal riqueza; la misma actitud de los exportadores de petróleo en la OPEP; la solidaridad mundial de los trabajadores al decidir no descargar el cobre que haya sido injustamente embargado por cualquiera compañía norteamericana, y, por último, el apoyo que está ganando la idea de que sea nuestro país la sede de la Primera Conferencia Mundial sobre el Derecho del Mar, que está por realizarse.

Medidas a nivel de importancia mundial todas estas circunstancias concretas y reales, le dan a Allende una singular autoridad moral para cumplir con el compromiso asumido de superar el régimen capitalista y de

apertura al socialismo, manteniendo en el proceso que vive Chile su contenido revolucionario. Pero ¿surge de todo el viaje presidencial la decisión clara de materializar esta promesa? ¿Se respetará la voluntad de “avanzar sin transar” que han expresado los trabajadores chilenos? O, por el contrario ¿hay compromisos de otro tipo, gestiones inspiradas en razones de Estado, que puedan hacer variar lo expresado por el jefe del Estado en las diferentes tribunas extranjeras que ocupó?

EL DISCURSO DE LA NU

Brillante desde el punto de vista expositivo y retórico, parcialmente agresivo, lo que le dio un tono de mesuración sorprendente en una exposición que pretendía ser antimperialista, el discurso de Allende en la Asamblea General de la NU mostró por esa razón una omisión sorprendente. No fue mencionado el gobierno de los Estados Unidos en forma directa y sólo a través de una diplomática sutileza se podría condicionar la agresión económica contra Chile a una acción dirigida por el Departamento de Estado.

En cambio son las compañías multinacionales —expresamente la ITT y la Kennecott—, las que aparecen integrando el núcleo central del ataque a Chile y como las activistas ejecutoras tanto del plan destinado a impedir la asunción al poder del presidente Allende, incluido el asesinato del general René Schneider —caso de la ITT— como de la maniobra económica contra el cobre, a través del embargo del precio del mineral ante los tribunales franceses, holandeses y suecos —caso de la Kennecott—.

Por el contrario, en la denuncia del bloqueo financiero contra Chile —donde el gobierno chileno posee antecedentes numerosos y bien precisos— el “yo acuso” de Allende, bajó de tono y subió de sutileza. Entonces dijo: “Estamos conscientes de que cuando denunciemos el bloqueo financiero-económico que nos agrede, tal situación aparece difícil de ser comprendida con facilidad por la opinión pública internacional y aún por algunos de nuestros compatriotas. Porque no se trata de una agresión abierta, que haya sido declarada sin embargo ante la faz del mundo. Por el contrario, es un ataque siempre oblicuo, subterráneo, pero no por eso menos lesivo a Chile” (Discurso en la NU 4-XII-72).

Luego explica la interrupción de los financiamientos que aportaban el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo; la suspensión de préstamos de la AID; el cierre de las líneas a corto plazo de la banca privada norteamericana; el paro del financiamiento de proveedores de parte del Eximbank y la no renovación de líneas de créditos europeos debido a los obstáculos puestos a la venta del cobre.

OMISIONES

Allende, quizás para dejar el ataque en lo que es —“oblicuo y subterráneo”—, calló hechos que conoce perfectamente. Por ejemplo, que las decisiones del Banco Mundial y del BID fueron aprobadas por los representantes del gobierno norteamericano en esos or-

ganismos en base a instrucciones terminantes del Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Tampoco dijo que la intención más claramente expuesta para aislar a Chile fue hecha por el vicepresidente de la OPIC (el organismo estatal norteamericano que asegura las inversiones norteamericanas en el exterior) en el Congreso de Washington, y que iguales declaraciones hizo el Subsecretario del Tesoro ante el Comité Bancario de la Cámara de Representantes, en el primer semestre de 1971.

No mencionó Allende, igualmente, la declaración hecha por el Secretario de Estado, William Rogers, en octubre de 1971, en el sentido de que "si Chile dejara de dar cumplimiento a sus obligaciones internacionales, ello podría perjudicar las corrientes de fondos privados y socavar las bases de apoyo de la ayuda externa", ni menos puntualizó que esa declaración fue reiterada en enero de este año por el presidente Nixon.

En este sentido el presidente Allende prefirió seguir la línea marcada por la Cancillería y que está por ignorar oficialmente que la mano mora que maneja el bloqueo contra Chile es el Departamento de Estado, hasta tanto éste no declare formalmente que es responsable directo de la guerra económica. La posición de Washington es que todo aparezca que está ocurriendo como consecuencia de las reacciones lógicas de empresas privadas para proteger sus intereses, sin que al gobierno de Estados Unidos se le vea en el escenario.

Tampoco aparecieron en el discurso de la NU los obstáculos puestos por las autoridades norteamericanas a la renegociación de la deuda externa, destinados a torpedear las conversaciones en el Club de París, y que enajenaron a Chile todas las ventajas que podía darle en el próximo año un ahorro de las divisas que le son tan necesarias para volcarlas en inversiones en vez de su uso obligado para pagar compromisos pendientes. En cambio la posición de fuerza esgrimida "invisiblemente" por el gobierno norteamericano fue definida como la "insolencia imperialista" que permite "presionar a un país económicamente débil y castigar a un pueblo por su decisión de recuperar sus materias básicas".

La medida presidencial en el caso mencionado apunta a un hecho que no ha pasado inadvertido a los observadores. Se estima que la omisión puede servir en el futuro como puerta abierta a una eventual negociación con Washington.

El argumento que apoya esta afirmación se dio después de la reunión de la Asamblea General en el propio hotel Waldorf-Astoria, de Nueva York, donde alojó Allende con su comitiva. En la suite presidencial hubo dos entrevistas dignas de mención.

La primera entre el presidente de Chile y el embajador de Estados Unidos ante las Naciones Unidas, George Bush, en que el diplomático, siguiendo la línea de su gobierno de sacar las castañas del fuego con la mano del gato, acusó de felino culpable a la IIT y a la Kennecott, librando a su país de cualquier responsabilidad en el bloqueo. La otra reunión no menos importante, fue la que celebraron privadamente en el mismo Waldorf-



Astoria, el Jefe del Estado con C. Gordon Murphy, presidente de la Cerro Corporation, ex dueña de la Compañía Minera Andina, en Río Blanco, en la provincia de Aconcagua.

El mismo tribunal que desechó la indemnización pedida por la Kennecott y Anaconda por sus minas de cobre expropiadas, acordó pagar a la Andina 37.500.000 dólares por el mineral de Río Blanco. Murphy, después de la entrevista, declaró al semanario "Business Week" que la Cerro Corporation confía continuar operando en Chile, "aunque nos damos cuenta de que tendrá que ser según las reglas que los chilenos establezcan".

Debe haber alguna diferencia entre el embajador Bush y el capitalista Murphy, con los "insolentes imperialistas de la IIT y la Kennecott", al menos en su carácter oficioso, para que Allende haya conversado con ellos problemas que con los otros son intratables.

En todo caso, se pueden hacer otras diferencias, naturalmente que a otro nivel y con diferentes personas, que sin embargo vienen al caso. Por ejemplo, el ministro de Minería del Perú, general Jorge Fernández Maldonado, que conoce bastante al señor Murphy, por los problemas que la Cerro Pasco, filial de la Cerro Corporation, ha creado en el Perú al gobierno de Velasco Alvarado. Los peruanos también han sido agredidos económicamente por esa compañía, que está en la lista de las empresas multinacionales que han hecho cera y pabilo con los países donde tienen inversiones mineras. Para Fernández Maldonado "no sólo estamos siendo agredidos por empresas multinacionales, sino por el propio gobierno de los Estados Unidos". El ministro peruano, con mucha realidad, fue al meollo de la cuestión sin sutilezas. Claro que en abono de Allende la tribuna de Fernández Maldonado fue la sala del directorio de la Confederación de Trabajadores del Cobre, en Santiago, y no la Asamblea General de la NU, en Nueva York.

Los hechos y esta realidad son incontrovertibles. Ellos existen. En cambio hay que calificar con cuidado, o simplemente anotar para el futuro, la intención de Allende al recibir al embajador Bush y al presidente de la Cerro Corporation. Las entrevistas pueden

ser parte importante del "juego de muñeca" a que es tan inclinado el Jefe del Estado, aunque ojalá ellas no se conviertan en el elemento que en un porvenir próximo pudiera echar por tierra el compromiso revolucionario asumido por el presidente chileno.

CRITICAS

Entre el 6 y el 10 de diciembre en Nueva York se reunieron unos 150 gerentes y ejecutivos de las empresas multinacionales de Estados Unidos con grandes inversiones en Latinoamérica, para considerar y analizar la crítica hecha por el presidente de Chile en la NU. La bendición oficial de Washington la trajo a la reunión Charles Meyer, Subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, quien dijo que se han diseminado "falsas acusaciones de imperialismo" contra estas empresas que enfrentan ahora en el hemisferio "un riesgo político más grande que hace diez años".

Los asistentes, que representaban desde empresas de aerolíneas a bancos, desde compañías petroleras hasta la ITT, se juntaron en la Meca del imperialismo, después de Wall Street: el "Council for the Americas" (Consejo para las Américas). La respuesta a Allende todavía no se conoce públicamente pero el camino por donde ella puede dirigirse lo definió un banquero y ex-ministro de Hacienda de Venezuela, Pedro Tinoco, opositor acendrado a la idea de que su país se integre al Pacto Andino. Dijo: "Aumenta en Latinoamérica el deterioro de la imagen del hombre de negocios, debido a la inteligente explotación por los marxistas de las aspiraciones del pueblo".

LA VISITA A LA URSS

Una escala técnica en Argel, antes de llegar a Moscú, fue aprovechada por el presidente chileno para hilvanar una larga charla con el presidente de Argelia, Houari Boumediene. El comunicado conjunto emitido después de la entrevista apuntó a la batalla contra "la explotación de las empresas imperialistas multinacionales", que está en pleno desarrollo en la UNCTAD, en el CIPEC, la OPEP y la Asamblea General de la NU. Allí se agradece el apoyo brindado por Argelia a Chile a través de una importante delegación gubernamental argelina en la reunión del CIPEC en Santiago, a la vez que Boumediene reconoce la contribución ofrecida por Chile "al refuerzo de la lucha del pueblo contra la dependencia económica y el imperialismo en América latina y en el mundo". Un frente común chileno-argelino quedó delineado para coordinar un bloque amplio de las naciones progresistas en su lucha contra el imperialismo.

Hasta aquí Allende llevaba en su carpeta de resultados concretos el éxito político logrado al comprometer el formal respaldo mexicano en contra "de los intentos de algunos consorcios internacionales que han tratado de violar el principio de no intervención en los asuntos internos de los países en desarrollo, negando el derecho soberano que asiste a estos países de rescatar

para la nación sus riquezas básicas, conforme a su propia legislación". (Comunicado conjunto chileno-mexicano 3-XII-72, emitido en Guadalajara). La declaración de Argel amplió este apoyo que también había refrendado Perú.

Pisaba, entonces, terreno firme y muy adecuado el presidente de Chile cuando aterrizó en Moscú para su visita que duró cuatro días. El objetivo primordial del viaje presidencial era indudablemente reclutar a la Unión Soviética en las filas de esta batalla, con el aditivo que su compromiso se expresará, además del apoyo moral, en un concreto respaldo económico, como oxígeno valioso para detener la asfixia que está provocando en Chile el bloqueo financiero implantado por el imperialismo.

El buen ánimo soviético y la receptividad para considerar los problemas chilenos, llegaron casi de inmediato y fueron expresados por el propio presidente de la Unión Soviética, Nicolai Podgorny, la misma noche de la llegada de Allende, en la comida ofrecida en el Kremlin por la plana mayor de la dirección colegiada de la URSS.

Según la agencia Tass, Podgorny expresó en esa ocasión: "El pueblo y el gobierno de Chile están resolviendo complicados problemas y sobreponiéndose a la resistencia de la reacción interna y externa, la que, recurriendo a todo medio posible de presión económica y política, trata de empujar a Chile fuera de la senda que ha escogido, para frustrar el proceso de renovación revolucionaria y asesinar un golpe rotundo a las fuerzas progresistas de América latina en general".

"Pero bien sabemos, por experiencia propia, que si un pueblo sabe cómo atraer a su lado y cómo unir a las fuerzas genuinamente patrióticas: la clase trabajadora, el campesinado y la clase media, y si es constante y se empeña en realizar el programa que ha proclamado, ninguna fuerza reaccionaria será capaz de desviar al pueblo de trabajadores del camino que ha escogido".

"No están ustedes solos en esta lucha. Al lado de ustedes está la simpatía y el apoyo de la Unión Soviética, de las naciones socialistas hermanas y la solidaridad de la totalidad de las fuerzas progresistas contemporáneas".

De allí que la agencia Tass informara al día siguiente, comentando las conversaciones de Allende con Leonid Brezhnev, secretario general del PCUS; el Primer Ministro, Alexei Kosyguin, y el presidente Podgorny, que en ellas se había llegado a "una completa identidad de puntos de vista", no medió más que el lapso entre un día y otro. La cordialidad de los líderes soviéticos con Allende fue evidente. Después de la serie de conversaciones oficiales, Brezhnev tuvo una reunión privada con el Presidente chileno, sin más testigos que el intérprete que los acompañó, durante 40 minutos.

Kosyguin, ese mismo día, en un almuerzo íntimo en una casa de huéspedes en las colinas de Lenin, al responder un brindis de Allende, fue también elocuente: "Por Chile que, junto a Cuba, está abriendo un nuevo camino para América latina: la construcción

del socialismo. Estaremos siempre con ustedes”.

EL COMUNICADO CHILENO-SOVIETICO

Esta comprensión, cordialidad y la intención de ayuda quedaron expresadas en el comunicado que ambas partes emitieron al final de la visita, el domingo 10. En una de sus partes se puntualiza: “Como resultado de las conversaciones y entrevistas se expresó una recíproca aspiración a profundizar en adelante las relaciones de amistad y perfeccionar la cooperación mutuamente provechosa entre la Unión Soviética y la República de Chile, así como fueron diseñadas medidas concretas en el desarrollo de las relaciones soviético-chilenas para los próximos años”.

“Se acordó la prestación por parte de la Unión Soviética de asistencia a la República de Chile en la construcción de empresas industriales, en el ensanchamiento de la base energética, en la agricultura, así como en la formación y capacitación de técnicos nacionales”.

“Las medidas concretas en la ejecución de dicho acuerdo serán expresadas en respectivos convenios”.

Un buen análisis del comunicado y de las conversaciones sostenidas en el Kremlin, lo hizo el canciller Clodomiro Almeyda a los periodistas chilenos en una reunión que tuvo con ellos en Kíev. “Esta es la primera vez que los soviéticos —dijo Almeyda— que tienen normas muy rígidas para su comercio exterior, aflojan un poco las riendas. Esa es una manera efectiva de ayudar a Chile. Aunque parezca paradójal, las relaciones entre la Unión Soviética y Chile no eran del todo perfectas. Es como en los casos humanos. Había buena disposición, pero no nos conocíamos mucho. No obstante que a comienzos del gobierno de Frei se firmó un tratado, no nos conocíamos”.

“Por lo tanto ahora comienza un proceso de paulatino ajuste que nos servirá mucho. Por eso las conversaciones seguirán, porque todo hay que perfeccionarlo. En este viaje se ha producido un cambio cualitativo. Se comenzó pensando qué podríamos vender, qué podríamos comprar, por lado y lado. Se han detectado ya cuáles son los sectores que se pueden profundizar y sobre los cuales la ayuda soviética será más efectiva para nuestro país. Se habló entonces del sector pesca, del sector cobre y de la ayuda técnica para estimular la producción. Es un plan realmente completo”.

“Por esta razón —puntualizó Almeyda— hay que medir sin precipitarse las proyecciones. Por ejemplo, se habla de la necesidad de construir un tercer horno para la industria siderúrgica. Es una inversión que hay que pensar mucho y por supuesto en eso estamos. Ya no trabajaremos más en una cosa suelta por aquí y en otra cosa suelta por allá. Se hará un plan racional, donde, por ejemplo, la cosa agraria, en lo que se refiere a máquinas se conversará con Bulgaria; la forestal con Suecia y Finlandia, etc”.

“La parte comercial —agregó el Canciller— está implícita en el convenio. Existe la idea de hacer del comercio un vehículo de crédito para Chile. Es como abrir un crédito, so-

GENERAL

Jorge

Fernández

Maldonado:

el responsable

es el gobierno

yanqui.



bre el cual se puede girar a cuenta de los productos. Los soviéticos nos pedirán tales o cuales cosas para exportar; por ejemplo, zapatos, ropas de confección, productos elaborados de cobre, etc. Ellos nos darán trigo y otras cosas que necesitamos. Como ellos seguramente enviarán más cosas, nos quedará una deuda que iremos amortizando. Eso en la práctica es un crédito permanente, vivo y elástico”.

“Todo esto ha sido negociado con singular seriedad. No se debe olvidar que una misión comercial chilena hacia 15 días que estaba trabajando en Moscú. Por eso, algunos caminos aparecen muy expeditos, porque han sido tratados con anterioridad. Creo que se han logrado los objetivos que persiguió esta misión. Hay un paquete de acuerdos globales que necesitan perfeccionarse más, ya que ellos darán una pauta al mundo”.

OBJECIONES

Lógicamente el acuerdo logrado entre Chile y la URSS despertó en los sectores imperialistas la reacción consiguiente, aderezada con la difusión de una serie de rumores. El “Sunday Times” se disparó el primero con la noticia de que el precio del acuerdo era la entrega a la Unión Soviética de los derechos totales de comercialización del cobre chileno. El desmentido estuvo a cargo de un portavoz del Presidente Allende. “Por lo que luce Chile —expresó— es precisamente por su total derecho a disponer libremente de su cobre”.

Luego se adelantó que la única forma de concretar la ayuda económica soviética a Chile estaba supeditada al ingreso de éste al COMECON (el mercado europeo socialista). El rumor fue desmentido tan enérgicamente como el primero.

Finalmente, las especulaciones se centran en la hipótesis de que los créditos otorgados por la URSS a Chile seguirán la tan controvertida condición de “créditos atados”. Las declaraciones de Almeyda disiparon esas aventuradas elucubraciones. “El Mercurio”, el mismo día que publicó el texto del comunicado conjunto chileno-soviético, editoriali-

zó sobre el tema así: "La Unión Soviética puede suministrar un auxilio transitorio modesto en moneda esterlina u otra convertible, pero el grueso de su ayuda será ciertamente mucho más atada que las de los países occidentales, por cuanto no sólo exigirá compras de la industria soviética, sino del proveedor que las autoridades de Moscú señalen". Cuando ha comentado la ayuda soviética a Cuba, la opinión mercurial es totalmente contraria. Y también es diferente cuando habla de "las ofertas rusas de armas" al gobierno de Chile.

Este tema ha sido analizado con bastante pintoresquismo por las agencias internacionales. Un despacho de Washington de la AP, "El Mercurio", 11 de diciembre, afirma que los rusos ofrecieron al gobierno chileno créditos a bajo interés, por 50 millones de dólares, para la adquisición de equipo militar soviético. Según los informantes de AP —"fuentes militares de Estados Unidos"— la oferta soviética es un importante paso para expandir la influencia militar y política rusa en América latina. Luego en el mismo cable "algunos funcionarios estadounidenses" opinaron que "la ayuda soviética para el desarrollo económico podría ser usada para encubrir propósitos militares". De allí a echar en un mismo saco "la construcción de puertos pesqueros en Chile, a cambio del permiso para operar a unidades navales soviéticas desde esos puertos"; "la insistencia soviética para que los chilenos cambien su fuerza aérea, compuesta de viejos aviones de fabricación británica, por modernos MIG-21", y la ayuda económica prometida por la URSS, los informantes de AP no tuvieron ningún empacho.

EL ACUERDO POLITICO

Menos zarandeados han sido los términos del acuerdo político en que Chile se muestra conforme en el programa de paz y seguridad soviético para lograr la distensión mundial y favorecer el acercamiento entre los grandes bloques; da su apoyo irrestricto al gobierno y al pueblo de Cuba y condena el bloqueo económico y político contra ese país que impulsa Estados Unidos, así como todas las acciones hostiles contra ese país socialista; manifiesta la solidaridad con la lucha del pueblo vietnamita y el deseo de que se concrete a breve plazo la paz en el Vietnam; el respaldo a la justa lucha de los pueblos árabes; la admisión de la RDA y la RFA a la NU y, en el mismo sentido, el ingreso de Bangladesh al mismo organismo.

La satisfacción del gobierno de Allende por los logros de la Unión Soviética en la edificación del comunismo y la comprensión soviética por los esfuerzos del gobierno chileno para la realización de las transformaciones socio-económicas, hacia la consolidación de la economía del país, su soberanía e independencia y a la construcción del socialismo, —meollo del acuerdo político—, no han levantado todavía críticas consistentes. Un análisis contenido en un cable de AP, fechado en Washington el 9 de diciembre, esboza lo que puede ser el tema de críticas futuras: "La Unión Soviética —afirma— está tratando de presentarse ante Latinoamérica como nación que desea comerciar en forma amistosa y establecer lazos culturales y diplomá-

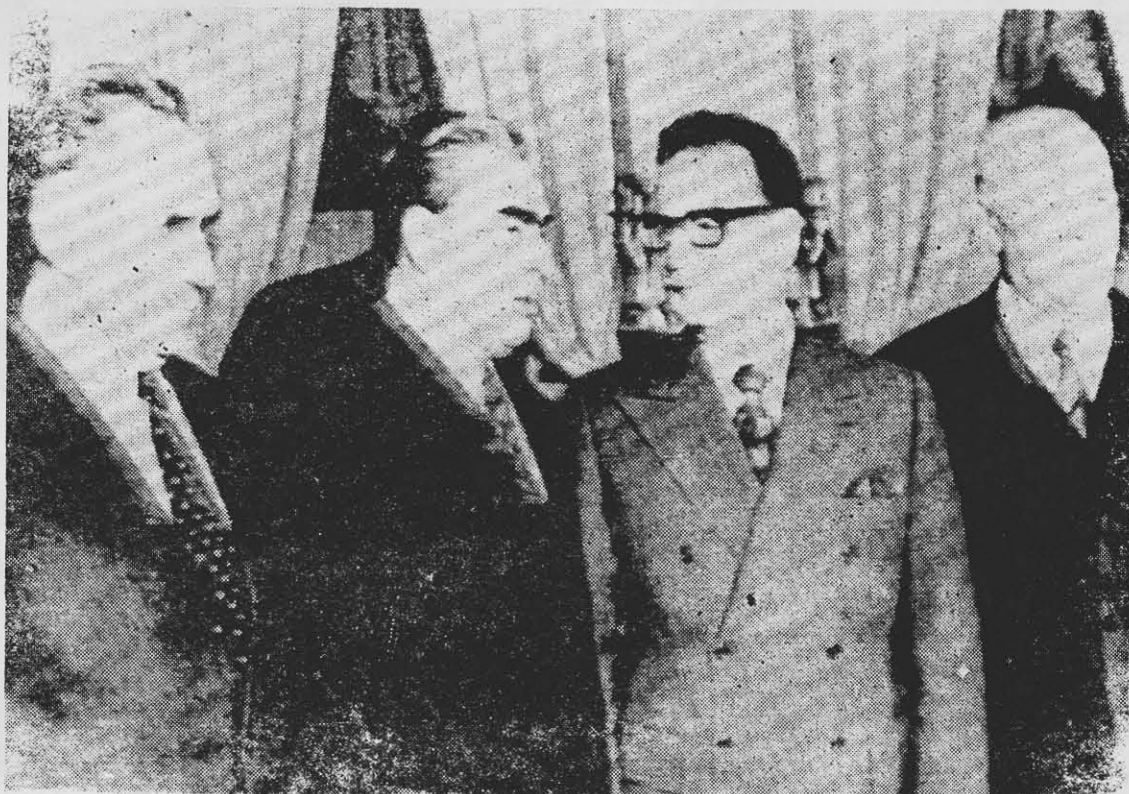
ticos con los países de esa región, evitando hacer llegar armas o dinero a grupos guerrilleros. Chile ajusta bien dentro de ese cuadro diplomático, mucho mejor que el impredecible régimen de Fidel Castro en Cuba".

Y ciertamente ajusta mucho mejor ahora que en las conversaciones de Moscú quedó bien claro que Allende no llegó con el ánimo de obtener una declaración contra Estados Unidos, ya que él comprendía perfectamente que la Unión Soviética está justamente por un entendimiento con ese país. En cambio, sí que hubo apoyo —y mucho— para la nueva "doctrina Allende" (leit motiv de esta gira, como las "fronteras ideológicas" lo fueron en el primer viaje al extranjero del Presidente —Ecuador, Colombia y Perú— en 1971). Los soviéticos animaron al jefe chileno en su exitosa misión de alinear al Tercer Mundo en defensa cerrada de las riquezas básicas, por encima de sus diferencias ideológicas. Allende explicó con acierto esta nueva política a su colega Echeverría, de México, convenciéndolo. Ese era el hueso más duro de roer. El apoyo de Boumedienne, el de los soviéticos y el de los cubanos, se agregó "por añadidura", como comentan los evangelistas. "La unión es más fácil si hay un adversario común al frente —repite Allende— que si se toma como base las coincidencias ideológicas".

LA VISITA A CUBA

Pero sin duda donde la solidaridad socialista entregó el aporte más efectivo al Presidente Allende fue durante su visita a Cuba. Hay en el proceso revolucionario cubano una característica singular que muestra a las claras la comprensión que los líderes y el pueblo de la isla tienen del significado del internacionalismo proletario. Dentro de sus medios escasos y propios del subdesarrollo en que sumió a Cuba el imperialismo norteamericano, el gobierno revolucionario ha sabido ubicar siempre el aporte más indicado cuando se trata de ayudar a los revolucionarios y patriotas de otros países que luchan por su libertad, su dignidad y su independencia económica. Casos como la ayuda a Vietnam, el envío de un contingente armado al Congo Brazzaville, la entrega de un barco con alimentos a Guyana, la ayuda militar en momentos difíciles a Argelia, y la generosa donación de sangre entregada por el pueblo cubano al Perú, cuando el trágico terremoto de 1970, ya están insertos como ejemplos señeros dentro de la historia de la revolución mundial.

Cuba aprovechó la visita de Allende para añadir otra acción más en ese terreno. En la concentración de la Plaza de la Revolución, el miércoles 13, Fidel Castro propuso que cada cubano que recibe una cuota de azúcar de 4 libras se desprendiera de media libra, y aquel que tuviera de 5 a 6 libras, aportara una, para entregarla como ayuda revolucionaria al pueblo de Chile. El millón y medio de personas que desbordó la plaza aprobó la idea, pero el Primer Ministro aconsejó la discusión de ella durante todo el mes de diciembre, en los centros de trabajo y en el seno de las organizaciones de masas para que la aprobación por aclamación no pare-



del PC soviético; Alexei Kosyguin, Primer ree con Leonid Breshnev, secretario general ALLENDE DURANTE su visita a Moscú apaMinistro; y Nicolai Podgorny, Presidente de la URSS.

ciera producto de un desborde emocional sino que fuera la expresión de la más pura y racional conciencia política.

El azúcar que por ese concepto llegará a Chile alcanza a 40 mil toneladas. La cifra ahorra comentarios, aunque no puede dejar de destacarse aquí el alto grado de conciencia revolucionaria y política de un pueblo capaz de recortar su cuota alimenticia para ir en ayuda efectiva a otro pueblo que "busca llegar a lo mismo, aunque por diferentes caminos".

El Presidente Allende lo comprendió así en el discurso que pronunció en esa misma concentración, después de Fidel Castro. Si bien el mandatario chileno fue elocuente para reconocer lo difícil que resulta impulsar un proceso revolucionario auténtico dentro de los marcos de una democracia burguesa, tuvo que convenir al final que "Chile no está solo, que los tiempos han cambiado, que la correlación del mundo es distinta y que la conciencia de las masas en el logro de sus legítimos derechos, sacude a los continentes aplastados por la explotación capitalista".

La solidaridad cubana, generosa hasta el máximo; la comprensión soviética hacia los

problemas chilenos y su decisión de ayudar plenamente para resolver nuestras dificultades económicas; la decisión de Argelia de marchar al lado de Chile en la lucha por la defensa de las riquezas básicas; unidas a la expresión solidaria de México y Perú, comprometidas por sus gobernantes máximos, así como el largo aplauso de adhesión que Allende recibió tras su discurso en la NU, son elementos tangibles y concretos que el Presidente de Chile no debe olvidar.

Su regreso a la realidad chilena, difícil, controvertida y llena de asechanzas, no puede hacerlo relegar al terreno de las promesas su compromiso de impulsar el proceso hacia el socialismo, manteniendo todo su contenido revolucionario. Con estos amigos que le han refrendado su solidaridad y ayuda, no puede existir excusa en el presente y en el futuro para que no se siga avanzando sin transacción de ninguna clase. Y además a Allende todavía le queda el pueblo chileno —como bien se lo recordó Fidel Castro—, "en especial su clase obrera, las capas humildes y explotadas, lo mejor y lo más puro de la nación chilena".

MARIO DIAZ BARRIENTOS



Generosa solidaridad de Cuba con Chile

★ Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en la concentración popular de solidaridad con el pueblo de Chile y con el Presidente Allende, efectuada en la Plaza de la Revolución "José Martí", en La Habana, el día 13 de diciembre de 1972, "año de la emulación socialista".

(Depto. de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario).

QUERIDO compañero Salvador Allende, Queridos compañeros de la delegación oficial chilena, Queridos invitados, Queridos compatriotas:

Este acto tiene para nosotros un especial significado. Al triunfo de la revolución en 1959, una de las personalidades que primero llegó a Cuba fue Salvador Allende, que ya ocupaba un lugar destacado en la política de su país.

Al revés de otras "personalidades", que se consideraban a sí mismas "democráticas", "revolucionarias" —entre comillas— e incluso "progresistas", y que antes de la revolución decían tener algunos vínculos afectivos con el pueblo de Cuba, pero que por ser esta revolución demasiado profunda para estar al alcance de los timoratos, y por ser menos todavía una revolución tolerable por el imperialismo, renegaron de su amistad con la revolución cubana, el compañero Salvador Allende le otorgó a nuestro proceso una confianza ilimitada y su amistad más firme.

Por eso nosotros hemos recibido en estos días —y saludamos en el día de hoy en este magnífico y multitudinario acto—, al amigo que supo durante estos años duros permanecer firme y fiel a la causa revolucionaria de nuestro pueblo, al combatiente internacionalista que desde todas las trincheras denunciaba la agresión y el bloqueo contra nuestro país y que uno de sus primeros pasos al asumir la Presidencia de la República fue el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con nuestro pueblo y al luchador, al revolucionario que al frente de los destinos de su país libra una dura y difícil batalla por consolidar su independencia y para llevar adelante el proceso revolucionario frente a la resistencia de los oligarcas y reaccionarios y frente a las conjuras y las maniobras arteras del imperialismo yanqui, de ese mismo imperialismo que nosotros conocemos tan sobradamente bien, de ese mismo imperialismo sobre el cual ustedes repiten incesantemente que hay que darle duro (aplausos y gritos de: "Fidel, seguro, a los yanquis dales duro").

Para nadie es un secreto cual fue desde el primer momento la actitud del imperialismo frente al triunfo de la Unidad Popular. Desde antes del triunfo de la Unidad Popular el imperialismo trabajó, consciente de la fuerza de dos importantes partidos de izquierda, representantes de los obreros y representantes de las capas humildes del pueblo, el Partido Comunista y el Partido Socialista de Chile que estaban unidos, lo que permitía au-

gurar en algún momento una victoria del pueblo.

Consciente de eso, el imperialismo trabajó desde antes del triunfo para minar la victoria popular.

La reacción internacional y el imperialismo gastaron millones y millones de pesos para apoyar a los partidos de la burguesía; para impedir el triunfo del pueblo gastaron millones y millones de pesos en hacer campañas políticas utilizando los medios masivos de divulgación.

El imperialismo y la reacción desataron intensas campañas de mentiras. No podemos olvidar aquellas famosas campañas que se realizaron en 1964, antes de las elecciones, y que fueron llamadas "campañas del terror", para infundir la confusión y para infundir el miedo, esgrimiendo el prejuicio y el terror al comunismo.

Todos recordamos cómo desde el triunfo mismo de la revolución cubana, el imperialismo adoptó modalidades políticas para impedir el advenimiento de alguna otra revolución en este continente; todos recordamos cómo surgieron las campañas de aislamiento contra Cuba, cómo surgieron las maniobras en la OEA, cómo surgió el bloqueo económico contra nosotros. Y todos recordamos cómo surgió la Alianza para el Progreso, que pretendió ser un instrumento idóneo para impedir la revolución mediante la demagogia y con algunas reformas y algunos paliativos sociales. Todo con el objetivo de impedir nuevas revoluciones.

Y la Alianza para el Progreso le dedicó especial atención a Chile, porque era como si el imperialismo previera, intuyera, que después de Cuba, Chile, con su clase obrera y con sus partidos de vanguardia, podría ser el segundo país revolucionario.

Pero como las revoluciones no surgen por capricho de los hombres, sino que son resultado del proceso histórico y de insalvables contradicciones sociales y de clase; como las revoluciones en este momento histórico, en este continente, son inevitables, el imperialismo no pudo impedir a la larga el advenimiento de un gobierno popular en Chile, como no ha podido impedir el advenimiento de otros gobiernos populares, progresistas, en América latina.

No lo impidió en Chile, pero sin embargo agravó sus males, incrementó sus dificultades, tanto en Chile como en los demás países de América latina.

Las deudas de los pueblos de América latina después de la alianza para el progreso aumentaron a más de 20 mil millones de dólares. Y como explicó en las Naciones Unidas el compañero Salvador Allende, los monopolios extraen de la América latina más de mil millones de dólares al año, y en los últimos 10 años han extraído diez mil millones más de lo que han invertido en este continente.

Y si se tiene en cuenta la pobreza y la miseria de los pueblos de América latina, se puede deducir la magnitud de la explotación económica de que han sido víctimas al ex-

traerles de su sudor y de su sangre diez mil millones de dólares netos.

La Unidad Popular y el compañero Salvador Allende reciben el gobierno de un país virtualmente arruinado. Cuando llegan al poder, la deuda exterior de Chile ascendía a más de cuatro mil millones de dólares. Y esa deuda es tanto más asombrosa cuanto que el precio del cobre antes del triunfo de la Unidad Popular llegó a alcanzar niveles de alrededor de setenta centavos la libra. Ese endeudamiento era consecuencia del despllarrar, era consecuencia de los robos descarados de los hombres que actuaban al servicio del imperialismo, y era consecuencia de la explotación de los monopolios imperialistas que durante los años anteriores al triunfo de la Unidad Popular sacaron sumas tan fabulosas, obtuvieron ganancias tan grandes, que es posible que en ningún otro país hayan ganado tanto en tan pocos años como ganaron en Chile.

Y eso fue lo que recibieron.

Pero los imperialistas no se conformaron con esa situación, no se resignaban siquiera a entregar un país en esas condiciones, sino que hicieron todo lo posible después de las elecciones para impedir la voluntad popular, para impedir la llegada de Salvador Allende a la Presidencia de la República. Y todos recordamos aquellos sucesos escandalosos, aquella conjura siniestra que condujo al asesinato del jefe del ejército chileno, el general René Schneider.

Los imperialistas no sólo organizaron conjuras sino que un monopolio, un verdadero pulpo imperialista, I.T.T., organizó planes y proyectos tanto para impedir el advenimiento del gobierno popular como para conducir al país a la guerra civil y a la contrarrevolución.

Habiendo fallado en esos propósitos iniciales, el gobierno imperialista de Estados Unidos se dedicó a llevar a cabo una campaña sistemática para asfixiar económicamente al pueblo de Chile.

Los imperialistas no hicieron las cosas como en Cuba, no declararon un bloqueo abierto, no impidieron directamente el comercio. Los imperialistas han aprendido algo, los imperialistas usan armas cada vez más sutiles. Y lo que hicieron fue privar a Chile de los créditos y de los fondos que, provenientes del exterior, ayudaban a mantener a flote la economía chilena.

Y así, el Banco Mundial, el Banco Interamericano y la Agencia de Desarrollo Internacional, privaron a Chile de todos los créditos que les venían otorgando todos los años. Y como el comercio se hacía principalmente con Estados Unidos, y a través de líneas de crédito a corto plazo se compraban muchas de las mercancías chilenas. Otra de las cosas que el imperialismo realizó contra Chile fue cortar abruptamente estos créditos a corto plazo. Pero además, Chile adquiriría bienes de capital que también, como era usual, se adquirían con el apoyo de una institución denominada Eximbank; y esos créditos también fueron suprimidos abruptamente.

Pero además, el precio del cobre baja vertiginosamente. Y los imperialistas, manipulando sus reservas de cobre, no son ajenos al

descenso vertiginoso experimentado por el precio del cobre. De esta forma, el precio que estaba alrededor de 70 centavos antes del triunfo de la Unidad Popular, después de la nacionalización del cobre, se reduce a precios que están alrededor de 46 centavos la libra. Descenso que económicamente equivale a unos 300 millones de dólares menos por año.

De modo que una deuda exterior de cuatro mil millones de dólares —cuatro mil millones de dólares de deuda gran parte en Estados Unidos, y el resto con los países capitalistas, que son por lo general deudas costosas, de altos intereses y de condiciones duras—, la supresión abrupta de todos los créditos comerciales, la supresión abrupta de todas las demás fuentes de financiamiento y de crédito, y la baja vertiginosa del precio del cobre hasta 46 centavos, más las conjuras, más las actividades contrarrevolucionarias alentadas por el imperialismo, las maniobras, y además —no conformes todavía con eso— la acción de los monopolios yanquis como la Kennecott Copper que no se resignó a que Chile ejerciera dentro de la ley y de la constitución el derecho soberano a disponer de sus recursos naturales, y que ha instrumentado o pretende instrumentar una superestructura internacional y supranacional mediante el mecanismo de promover demandas ante los tribunales de los países capitalistas para embargar el cobre y con ello impedir la comercialización del producto decisivo y fundamental de Chile, que es el cobre.

Ustedes conocen estos hechos porque nuestra prensa los ha estado divulgando sistemáticamente. A todas las dificultades anteriores mencionadas se suman estas maniobras. Y es por ello que el compañero Salvador Allende y la Unidad Popular se ven obligados a llevar el proceso revolucionario en su país en condiciones sumamente duras y sumamente difíciles.

Nosotros conocemos por experiencia lo que son las agresiones imperialistas, conocemos por experiencia lo que es el bloqueo económico. De modo que, en formas diferentes, el pueblo chileno está atravesando por las mismas dificultades que hemos atravesado nosotros.

Pero ¿Qué les queda al compañero Salvador Allende y a la Unidad Popular? ¿Les queda el pueblo chileno! ¡Les queda, en especial, su clase obrera, las capas humildes y explotadas de la nación, lo mejor y lo más puro de la nación chilena!

Y en el pueblo hay grandes reservas de energía y de capacidad de sacrificio. Los pueblos, cuando tienen delante de sí la necesidad de defender su verdadera y definitiva independencia, cuando tienen ante sí la misión histórica de defender toda la dignidad y toda la justicia que entraña una revolución, son capaces de los más increíbles esfuerzos, son capaces de los más increíbles heroísmos.

Nuestro pueblo conoció esas circunstancias, nuestro pueblo tuvo esas experiencias.

Pero, además, los tiempos han cambiado. Se han producido importantes cambios en la correlación de fuerzas mundial. Hace tres años el imperialismo era mucho más poderoso que hoy, y volcó contra la revolución cubana y contra nuestro pueblo todo el peso de su

influencia política, todo el peso de su influencia económica, e incesantemente nos amenaza con la agresión militar, incesantemente nos hostigó, incesantemente organizó conjuras y planes contrarrevolucionarios, y contra nuestro pueblo cometió infinidad de crímenes. ¡Crímenes que no hemos olvidado, señores imperialistas! ¡Crímenes que no olvidaremos, señores imperialistas! (Aplausos y exclamaciones de: "Fidel, seguro, a los yanquis dales duro").

Y lo reiteramos una vez más —como en otras ocasiones— para que no haya lugar a confusiones de ninguna clase, y porque ahora estamos discutiendo una solución para el problema de los secuestros de aviones, pero discutimos una solución para el problema de los aviones —problema que fue inventado por los imperialistas yanquis contra nuestro país—, puesto que ya es un problema que no afecta sólo a Estados Unidos, sino que es un problema que preocupa a toda la comunidad internacional, incluido dentro de esa comunidad el pueblo de Estados Unidos, que no es lo mismo que el gobierno imperialista de Estados Unidos.

Vamos a discutir una solución, y trataremos seriamente de encontrar una solución a ese problema. ¡Pero que a ningún imperialista le pase por la mente la idea de que queremos conciliábulos ni reconciliaciones de ninguna índole con el imperialismo yanqui!

Y es bueno hacer esta advertencia una vez más, cuando los imperialistas publican declaraciones y el señor Nixon saca declaraciones diciendo que no cambiará su política hacia Cuba. ¡Y a nosotros qué nos importa lo que piense el señor Nixon! ¡A nosotros qué nos importa lo que piense el señor Nixon en su cerebro archirreaccionario y fascista!

El 26 de julio dijimos claramente lo que opinábamos en nombre de nuestro pueblo, y lo ratificamos hoy. Y una de las cosas que hemos dicho en aquella ocasión y repetimos hoy es que con Estados Unidos, mientras exista el bloqueo económico de Cuba, no discutiremos ni hablaremos una sola palabra. ¡Entre los bloqueadores y los bloqueados no puede haber diálogo! ¡Y no puede haber diálogo, porque así lo aconseja la dignidad y la vergüenza del país bloqueado!

Por eso, lo primero que tendrían que hacer antes de poder hablar una palabra con nosotros es suspender incondicionalmente el bloqueo económico. Y después, si un día no existiera el bloqueo económico. Algunos han dicho la base (exclamaciones). ¡No! ¡No!, no es la base! hay cosas que valen más que la base, ¡que son los intereses de los pueblos de la América latina!

Nosotros, cuando discutamos con los imperialistas —si algún día discutimos y cuando no existiera bloqueo—, no vamos a ir con un sentido egoísta en la búsqueda de la solución de nuestros problemas concretos, sino que tendremos como primer deber, como primera cuestión, el problema de América latina. No porque representemos a América latina, ¡No porque representemos a América latina, sino porque somos parte de América latina y nos sentimos hermanos de los pueblos de América latina!

Si discutimos con los imperialistas, tendrá

que ser precisamente en base a esos intereses. Y ojalá que el día que discutamos con los imperialistas no discutamos nosotros solos, sino que discutamos un buen número de países revolucionarios y de gobiernos revolucionarios!

Porque nuestros problemas no son sólo nuestros problemas: son también los problemas de Chile, son también los problemas de Panamá, son también los problemas de Perú y son también los problemas legítimos de todos los pueblos de América latina!

¿Cómo podemos mejorar nuestras relaciones con ese imperialismo que pisotea al pueblo panameño? ¿Cómo podemos mejorar nuestras relaciones con ese imperialismo que le suspende también los créditos fundamentales al pueblo de Perú, como represalia económica? ¿Cómo podemos mejorar nuestras relaciones con ese imperialismo que trata de asfixiar al pueblo chileno?

Por eso decíamos que habíamos vivido esta experiencia y conocíamos las reservas de energía, de sacrificio y de heroísmo que hay en el pueblo pero conocíamos también la inmensa fuerza de la solidaridad internacional, por nuestra propia vida, por nuestra propia experiencia, sabíamos cuánto había significado la solidaridad internacional.

Porque si en la América latina, desgraciadamente, los gobiernos oligárquicos y burgueses —con la sola excepción del gobierno de México— se portaron como unos miserables y alevosos traidores y se pusieron al lado del imperialismo, y junto con el imperialismo acordaron el aislamiento, acordaron el bloqueo y acordaron las agresiones contra Cuba, y junto al imperialismo organizaron tropas mercenarias y dieron su territorio para organizar ataques piratas e invasiones como la de Girón, si los gobiernos oligarcas y burgueses nos traicionaron y se sumaron al poderoso contra el pueblo hermano de América latina que levantaba las banderas justísimas de la revolución, y en esas circunstancias, sin embargo, tuvimos a nuestro lado la solidaridad del campo socialista y muy especialmente de la Unión Soviética, cuya colaboración, tanto en el campo militar como en el campo económico, resultó inestimable y decisiva.

Hoy se han producido ya importantes cambios. Hoy Chile no se encuentra en un continente como era hace 13 años. Hoy, además de México —que no se plegó a los dictados imperialistas con relación a Cuba— y además de Cuba, está el Gobierno revolucionario de las fuerzas armadas de Perú, que lleva a cabo una política de defensa intransigente de sus derechos soberanos, una política de cambios estructurales, y tiene una posición firme frente al imperialismo. Está Panamá, cuyo pueblo y cuyo gobierno reclaman con energía y decisión sus derechos soberanos sobre el territorio del canal. Y en toda la América se despierta una nueva conciencia, como se despierta en todo el mundo.

Hoy mismo se anunció que cuatro países del Caribe: Guyana, Trinidad-Tobago, Barbados y Jamaica, han establecido relaciones diplomáticas con nuestro país: el bloqueo imperialista y el aislamiento se vienen abajo estrepitosamente.

Chile podrá contar con la solidaridad, con una solidaridad mucho mayor de la que pudo contar Cuba entre los pueblos de América latina. Chile podrá contar con la solidaridad internacional, como lo demuestra el aplauso casi unánime con que los representantes de los países del mundo recibieron el discurso del presidente Allende ante las Naciones Unidas. Y Chile cuenta y contará con la solidaridad del campo socialista.

Los cubanos, por supuesto, no nos cruzaremos de brazos. Nuestro pueblo es un país pobre y de economía subdesarrollada. Nuestro producto fundamental de exportación es el azúcar, a la cual entregan sus energías y su vida entre los cultivos, las cosechas, el procesamiento industrial y los transportes, medio millón de hombres que constituyen el grueso de nuestra fuerza masculina de trabajo. El imperialismo nos obliga a gastar además enormes recursos en la defensa de nuestro país. Hemos tenido por añadidura en los últimos tiempos dos años de muy severas condiciones climáticas. Y por otro lado, de nuestros recursos disponibles para la exportación azucarera no podemos disponer virtualmente ni de un gramo adicional, teniendo en cuenta nuestros compromisos establecidos por convenios y nuestras elementales obligaciones de pago.

En nuestro país cualquier cosa que demos, tenemos que quitárnosla de lo que consumamos nosotros mismos.

En nuestro país, a pesar de nuestra condición de primer exportador mundial, el azúcar está racionada: una parte de la población recibe directamente cuatro libras mensuales, sobre todo en regiones urbanas de occidente, y otra parte de la población, sobre todo en las regiones orientales, recibe cinco y seis libras directamente. No es por tanto exagerado lo que nosotros consumimos en azúcar.

El azúcar que nosotros le vendemos a Chile y que ustedes pueden comprarnos en la actual situación, no es suficiente. Y por ello nosotros vamos a hacer en el día de hoy una proposición a nuestro pueblo para ayudar al pueblo hermano de Chile.

No vamos a cruzarnos de brazos y por eso proponemos que cada ciudadano que tenga una cuota de cuatro libras de azúcar, renuncie a media libra para enviársela al pueblo chileno, y que cada ciudadano que tenga cinco o seis libras de azúcar, renuncie a una libra mensualmente para enviarla al pueblo chileno (aplausos prolongados y gritos de: "Allende, Allende, Cuba te defiende").

De esa forma nosotros no hemos propuesto una libra por igual porque hay partes del país que reciben menos azúcar que otras y por eso hemos propuesto media libra para los que tienen cuatro, y una libra para los que tienen cinco o seis de cuota. Esta suma ascendería aproximadamente a 40 mil toneladas de azúcar en un año, que nosotros enviaríamos gratuitamente al pueblo de Chile (aplausos prolongados y gritos de: "Allende, Allende, Cuba te defiende").

Pero como esta es una medida que afecta al pueblo, nosotros proponemos no sólo que demos nuestro consentimiento en esta plaza, sino que se discuta en todos los centros de

trabajo del país y se discuta en el seno de todas nuestras organizaciones de masas antes de hacer efectiva esta medida. Vamos a discutirla en lo que queda durante este mes de diciembre (gritos de: "La donamos, la donamos").

A nosotros nos impresiona y nos admira el desprendimiento y la generosidad de ustedes, que demuestra que no sólo expresan de palabra su sentimiento de apoyo hacia el hermano pueblo chileno. Pero debemos permitir que al igual que ustedes, y aunque piensen y sientan igual que ustedes, tengan la oportunidad de dar su aprobación los orientales, los camagüeyanos, los villareños, los matanceros, los pineros y los de Isla de Pinos, que no están presentes en esta plaza. Y eso ayuda a formar la conciencia política de nuestro pueblo, para que se vea que no es un acto de emoción en un instante determinado, sino un acto puro de la conciencia. Y por lo tanto, les ruego que comprendan la conveniencia de que esto sea discutido en el seno de los centros de trabajo y en el seno de las organizaciones de masas.

¡Hay que levantar una gigantesca ola de solidaridad alrededor del hermano pueblo chileno! ¡No podemos cruzarnos de brazos! ¡No podemos permitir que el pueblo chileno sea asfixiado por el imperialismo! Hay que levantar una ola de solidaridad como se levantó alrededor del pueblo peruano cuando el terremoto. Hay que levantar una gigantesca ola de solidaridad como se levantó alrededor del heroico pueblo de Vietnam en su lucha, que ha durado diez años, por su independencia (aplausos y gritos de "Cuba, Chile y Vietnam, unidos vencerán").

Porque los imperialistas no sólo atacan a los pueblos con explosivos y con napalm, no sólo atacan a los pueblos y tratan de someterlos con la metralla, los tratan de someter mediante el hambre, mediante el bloqueo, mediante la asfixia económica. Y lo mismo que han tratado de conseguir en Vietnam con las bombas, están tratando de conseguirlo en Chile con la asfixia económica.

Y un pueblo no sólo es heroico cuando está dispuesto a dar su sangre por su hermano. ¡Es heroico también cuando como en el día de hoy expresa la disposición de dar parte de su alimento por un pueblo revolucionario y hermano!

Nosotros somos latinoamericanos, pertenecemos a esa gran comunidad, y algún día nos uniremos a ella integralmente, plenamente: El día en que la ola revolucionaria barra las incomprendiones de hoy, los chovinismos de hoy, la balcanización de hoy y los mezquinos egoísmos de hoy, el día en que la ola revolucionaria —en dos palabras— barra con el dominio imperialista sobre los pueblos de América latina y, con el imperialismo, su odioso sistema de explotación del hombre por el hombre.

A la América latina pertenecemos. ¡Por ella estamos dispuestos a luchar junto con los demás pueblos de América latina! Por ella, compañero Salvador Allende, y por Chile, no sólo estamos dispuestos a dar nuestra propia sangre, sino también hasta nuestro propio pan!

¡Patria o muerte!

¡Venceremos! (Ovación).

Discurso de Allende en la Plaza de la Revolución

★ El siguiente es el texto del discurso pronunciado por el Dr. Salvador Allende, Presidente de la República de Chile, en la concentración popular en solidaridad con el hermano pueblo chileno y con su causa revolucionaria, efectuada en la Plaza de la Revolución el día 13 de diciembre de 1972, "año de la emulación socialista".
(Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario).

PUEBLO de Cuba, queridas compañeras y estimados compañeros de La Habana, Comandante y amigo, Primer Ministro de Cuba Revolucionaria, Fidel Castro, compañero y amigo, Presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, compañeras y compañeros dirigentes del Partido Comunista de Cuba, invitados de otros países amigos que asisten a este multitudinario acto de masas, cubanos y chilenos:

Levanto mi voz con profunda emoción en esta plaza donde tradicionalmente se reúne el pueblo para escuchar la palabra de Fidel y de los dirigentes de la revolución. Lo hago frente a la estatua de Martí, que cobra vida y presencia con el calor del pueblo; lo hago con el sentimiento agradecido, porque hace unos minutos el gobierno revolucionario de Cuba ha honrado a Chile en mi persona al darme la más alta distinción que pudiera recibir en mi vida de revolucionario, al entregarme la medalla de José Martí. Yo sé que ella pertenece al pueblo chileno, que siempre estuvo y estará junto al pueblo de Cuba y a su proceso revolucionario.

Vine por primera vez en enero de 1959, y prácticamente todos los años, hasta 1968, concurrí a Cuba para estar junto a su pueblo y ver cómo se afianzaba su conciencia revolucionaria, cómo los conductores de la revolución y cómo Fidel Castro daban el ejemplo de una voluntad creadora para derrotar al imperialismo y hablar el lenguaje de solidaridad a través del mundo.

Vine a Cuba y tuve la oportunidad y el privilegio de estar al lado del gaujuro, del estudiante y el soldado, de conocer a hombres que tuvieron y tienen influencia decisiva en el proceso revolucionario latinoamericano.

Conversé con Camilo y más de una vez mis manos arrojaron al mar, en nombre de mi pueblo, las flores que se juntaban con las de ustedes para recordar al guerrillero desahogado.

Creo que tengo derecho, y me honro al hacerlo, a decir que fui amigo del Comandante Ernesto Che Guevara. Y guardo un ejemplar de su libro "Guerra de Guerrillas", que me dedicara fraternalmente. Y con su espíritu amplio, me decía allí con su letra dibujada por la fraternidad: "A Salvador Allende, que por otros medios busca lo mismo. Afectuosamente. Che".

Y en mi patria vivimos con inquietud las horas duras del guerrillero que entregara su vida por la emancipación de los pueblos latinoamericanos. Y como amigo, comprendiendo la magnitud de su sacrificio, cumplí el deber de acompañar a los que fueron sus

compañeros en la lucha hasta Tahiti, para que pudieran volver después a su patria.

He tratado a Raúl Castro, a los compañeros dirigentes. He conversado largas y largas horas con Dorticós y con Fidel.

Por eso, Martí tenía razón cuando escribió: "La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y no Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de Génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre".

Aquí en Cuba apareció el hombre, síntesis del pueblo: ¡Fidel Castro!

He vivido junto a ustedes acontecimientos que no podré olvidar: la hora del triunfo, en enero de 1959. Llegué pocas horas después de Playa Girón, donde el pueblo cubano derrotara, aplastara, diera una lección de heroísmo al derrotar a los malos cubanos contrarrevolucionarios agentes del imperialismo. Estuve en esta misma plaza en 1962, cuando se hiciera la segunda declaración de La Habana. Y dijo Fidel: "Ahora sí la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia...".

"Porque esta gran humanidad ha dicho ¡basta! Y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia...".

Por eso es que puedo decir más que otros que he visto desde sus horas iniciales el largo y duro y sacrificado camino que ha andado el pueblo de Cuba, venciendo el bloque económico, derrotando la insolencia imperialista, afianzando su conciencia revolucionaria y consolidando su conciencia política. Lo he visto haciendo producir la tierra, levantando escuelas, trazando caminos, atendiendo los enfermos, empujando por sobre los esfuerzos que implicaba luchar por una zafra más alta y mejor. Por sobre el sacrificio está el ejemplo: el ejemplo de un pueblo que señala al mundo una nueva moral, que dice a América latina que hay un lenguaje nuevo en la ética revolucionaria, que pueblo y dirigentes conjugan.

Y Cuba enseña a América latina y al mundo su clara concepción del internacionalismo proletario. Y porque hay esa nueva moral, porque hay esa nueva conciencia, porque está aquí latiendo la voluntad revolucionaria ejemplar de un pueblo, la delegación chilena y el compañero Presidente que les habla han podido sentir la emoción viril que hemos sentido cuando este pueblo acoge la generosa iniciativa de Fidel Castro para arrancarse un pedazo de pan y entregarlo a mi pueblo que lucha contra el imperialismo.

Gracias, simplemente gracias, queridos compañeros. Se las doy en nombre de los ni-



EL MANDATARIO chileno aparece visitando el plan genético de los valles de Picadura, cerca de La Habana, junto con Fidel y Ramón Castro y el Viceprimer Ministro, Carlos Rafael Rodríguez. (Radiofoto Prensa Latina).

ños de Chile, de sus mujeres, de sus ancianos.

Gracias, queridos compañeros.

Pero la historia ya nos vinculó en los albores de nuestra lucha por la independencia. Y no lo traigo a colación por la generosa proposición de Fidel —que la ignoraba—. Lo digo porque es bueno entender que, antes que nosotros, otros hombres también sintieron la necesidad de ser solidarios. Cuando Cuba luchaba por su independencia, un chileno fue enviado por nuestro gobierno para organizar un ejército que viniera a estar al lado de ustedes. Y yo leí a mi pueblo la proclama que Vicuña Mackenna entregara a conocimiento del mundo cuando llamaba a estar junto a los cubanos, al lado de ellos, en su lucha por su independencia.

Y otro hombre nuestro, dirigente revolucionario en esa época, Guillermo Mata, le decía al país: “¿Por qué el gobierno de Chile no diría que Céspedes y los revolucionarios de Cuba están haciendo lo que nuestros padres hicieron y por cuyas acciones les decretamos la inmortalidad y el bronce de nuestras estatuas?”

Así comprendían los revolucionarios chilenos la lucha del pueblo cubano. Así señalaban la vida de los que dieron su vida por hacer independiente a Cuba.

Por eso la historia de ayer viene hoy día a unirse con la actitud fraterna, solidaria, generosa, para señalar que ayer, hoy y siempre Cuba y Chile marcharán unidos.

Ya hace cerca de un año el pueblo de Cuba estuvo en Chile en la persona del Comandante Fidel Castro y de una delegación que visitara nuestra patria. Allí Fidel, co-

mo era lógico imaginarse, recibió el embate insolente de los proimperialistas y los profascistas. Pero recibió el calor del minero, con quien dialogó en la dura pampa del salitre o en las montañas cerca de Chuqui, recibió el afecto del campesino del Valle Central, y el ovejero de la estepa magallánica lo recibió a pesar del frío con el calor humano que entregara al hermano que llegaba desde esta tierra.

Chile oyó sus palabras: nos entregó su experiencia, nos habló con el lenguaje de la realidad, y fortaleció la fe de nuestro pueblo en sus propias fuerzas. Y al hablar de su pueblo y de ustedes, hizo entender a muchos que la revolución es sacrificio, generosidad, renunciamentos, que los revolucionarios tienen que sentir la necesidad de entregarse plenamente para afianzar la independencia de su patria, y trabajar para que las generaciones del futuro no sufran lo que hemos sufrido estas generaciones.

Por eso la presencia de Fidel significó fortalecer la fe revolucionaria del pueblo chileno y la fe revolucionaria de los pueblos latinoamericanos.

Y con esa sencillez del maestro, dijo en Chile: “Si me preguntan qué está ocurriendo en este país, sinceramente les diría que en Chile está ocurriendo un proceso revolucionario. Y nosotros incluso a nuestra revolución la hemos llamado un proceso. Un proceso todavía no es una revolución. Hay que estar claros. Un proceso es un camino, es una fase que se inicia”.

El revolucionario, el orientador y guía de un pueblo que llevaba viviendo diez años tensos, sacrificados y duros, le decía a nuestro

pueblo que todavía no alcanzaba la plenitud la revolución. Le enseñaba a nuestro pueblo a meditar lo que es el proceso revolucionario y lo que significa la revolución, para poner atajo a los que piensan que se construye el socialismo por decreto o para decirles también a los reacios que la revolución implica inquebrantable fe en las masas y en el pueblo.

Por eso he recordado esas palabras de Fidel; porque fue una de las tantas caras lecciones, y realistas, que entregara a Chile en la etapa inicial de su proceso, de su proceso caracterizado por la voluntad de las masas de conquistar nuestra independencia económica.

Para ello: erradicar el capital foráneo, recuperar las riquezas esenciales en manos del imperialismo, profundizar una reforma agraria, nacionalizar los monopolios en manos del capital extranjero y nacional, controlar el comercio de importación y exportación, nacionalizar los bancos, y sobre todo incorporar a los trabajadores, al pueblo, a la clase obrera, a la dirección del proceso revolucionario, a la dirección del propio estado chileno.

Por eso, compañeros, Chile recibió a Fidel. La clase obrera, los trabajadores, la juventud y las mujeres del pueblo le dieron su afecto y su respeto.

Y yo quiero expresarles a ustedes cómo la delegación que presido ha sentido el efecto de Cuba y de su pueblo por Chile y sus trabajadores.

Al llegar en un día domingo, en la noche, cuando yo pensaba —y los compañeros también— que el cansancio de la espera había desilusionado a muchos, sentimos que las calles de La Habana tomaban luz de afecto y de cariño. Y la presencia multitudinaria en ellas señalaba la voluntad de ustedes de expresarnos su solidaridad frente al ataque y la agresión contra nuestra patria.

Y al día siguiente, en camino a Varadero, en cada recodo estaba el pueblo: los muchachos, los niños, las madres, los trabajadores. Y ayer hemos sentido de cerca, en otro trozo de Cuba, la presencia del campesino. Y esta noche, como despedida, esta plaza repleta en una concentración multitudinaria difícil de superar, viene a reafirmar su vocación latinoamericana. Viene a decir que no soñamos cuando creemos que algún día será verdad la frase escrita allí: "Desde el Río Bravo a la Patagonia, un solo pueblo: América latina".

Queridos compañeros: cada país tiene su propia historia, su idiosincrasia, sus costumbres, ha vivido de manera diferente las distintas etapas de su proceso social.

Chile, el pueblo, las masas populares, de acuerdo con nuestra propia historia y realidad, han alcanzado el gobierno para desde allí conquistar el poder.

Es muy difícil, dentro de los marcos de una democracia burguesa, impulsar un auténtico proceso revolucionario. Pero hemos avanzado y lo seguiremos haciendo. Y lo hacemos cumpliendo con nuestra conciencia, con el programa que levantamos frente al pueblo, y con la decisión de los que están abriendo el camino a una nueva sociedad y que empiezan a destruir el carcomido régimen capitalista para edificar el socialismo.

Por ello, también Fidel Castro en uno de

sus discursos nos dijo: "Porque como hemos expresado en otras ocasiones, no son los revolucionarios los inventores de la violencia. Fue la sociedad de clases a lo largo de la historia la que creó, desarrolló e impulsó su sistema, siempre mediante la represión y la violencia. Los inventores de la violencia fueron en todas las épocas los reaccionarios, los que impusieron a los pueblos la violencia, fueron en toda época los reaccionarios".

En nuestro país hemos conquistado el gobierno a través de la expresión de la voluntad mayoritaria. Hemos dicho que el pueblo no busca ni quiere la violencia. Hemos hecho entender —y el pueblo lo sabe— que la violencia está institucionalizada en el régimen capitalista, que golpea implacablemente a las masas populares. En mi patria no hemos usado la violencia, pero sentimos la violencia agresiva del imperialismo que, como lo dijera Fidel, con nuevos métodos, más sutiles, pero directamente agresores, levanta un cerco para estrangular económicamente a nuestra patria.

Sentimos la violencia que quisieron desatar —hasta llevarnos a una posible guerra civil— los bastardos intereses de las empresas transnacionales como la ITT y llegaron en sus tenebrosas maquinaciones a asesinar al Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider.

Fue el pueblo, fue la clase obrera, fueron las masas populares chilenas las que se movilizaron para defender su victoria. No la victoria de un hombre: la victoria esperada de un pueblo. Fue la lealtad ejemplar de las Fuerzas Armadas de mi patria, fuerzas profesionales, respetuosas de la voluntad popular, las que aplastaron a la insolencia imperialista y a la propia reacción chilena.

Por eso —y como lo ha dicho Fidel— se lo hemos dicho muchas veces a nuestro pueblo: no queremos la violencia. Utilizamos el marco cerrado de una institucionalidad burguesa para defender el derecho de Chile a transformar las estructuras económicas y crear una nueva sociedad. Pero también les hemos advertido a los imperialistas —y por eso utilicé la tribuna de las Naciones Unidas, que es el foro internacional más importante— para señalar que no nos van a doblegar, que no nos van a impedir que construyamos por nuestra propia voluntad nuestro propio destino. Fui a acusar, ante la conciencia del mundo, las tenebrosas maquinaciones de las empresas transnacionales. Y he dicho allí, y lo he dicho en Chile, a la contrarrevolución y a la violencia reaccionaria que nosotros —que no queremos la violencia— utilizaremos primero la ley y después utilizaremos la violencia revolucionaria.

El compañero Fidel Castro en su intervención —como todas las suyas, una lección clara y didáctica— les ha recordado a ustedes —que tienen tan amplia concepción de los problemas de los pueblos latinoamericanos— lo que es el embate en contra de Chile en los organismos internacionales de crédito —donde formamos parte por derecho propio— en los organismos privados de crédito, donde se nos ha cerrado lo que antes se nos otorgaba. Ha señalado que nuestro país vive lo que llamara el poeta nuestro "un Vietnam silencioso", sin el heroísmo del pueblo vietnamita y sin el ruido de la metralla, pero sintiendo cada hombre de Chile, cada

mujer de Chile, cada niño de Chile, la angustia del diario vivir frente a los problemas que duramente tenemos que confrontar.

Yo quiero decirles, afianzando lo expresado por el Comandante Castro, que toda esta actitud nace porque hay gentes que no pueden tolerar que los pueblos pequeños tengan la impaciencia histórica de construir su propio porvenir. Hay gente que cree que los valores tan sólo se miden por el dinero y por el ingreso per cápita que tienen los ciudadanos. Niegan los valores superiores de nuestra cultura autóctona, aplastada y negada. No entienden que podamos sentirnos con derecho a ser dignos y a vivir como tales.

Por eso cuando Chile, frente a una realidad impostergable, nacionalizó su riqueza fundamental, el cobre, se desató toda la campaña que ha golpeado a nuestro país desde fuera y desde dentro. Ya Fidel les dio algunas cifras, yo quiero que no olviden dos o tres más que les voy a entregar.

Porque los pueblos como el nuestro son pueblos potencialmente ricos, que han vivido, como consecuencia de la dirección impuesta por los grupos privilegiados que han conquistado el poder sobre la base del dinero, hipotecando nuestro futuro.

Somos pueblos que hemos vivido pidiendo prestado, y sin embargo, somos exportadores de capitales.

Y todos sabemos la relación dialéctica que hay entre el subdesarrollo y el imperialismo: existe el imperialismo porque existe el subdesarrollo, y está presente el subdesarrollo porque existe el imperialismo.

En mi país, que tiene la más grande mina de tajo abierto de cobre del mundo —Chuquibambilla—, que tiene la más grande mina de cobre que se trabaja en las profundidades de la tierra —El Teniente—, que tenemos las más grandes reservas de cobre del mundo, en mi país hace 42 o 44 años, generosamente considerado, las empresas imperialistas invirtieron —si es que llegaron— una suma cercana a los 18 o veinte y tantos millones de dólares. Y han retirado —oiganlo bien, hermanos cubanos—, han retirado de Chile 4 mil 200 millones de dólares en ese tiempo.

Nosotros no hemos confiscado —porque la Constitución Política no lo permitía— las empresas: las hemos nacionalizado. Eso sí, históricamente reivindicamos el derecho a aceptar para ellas una utilidad del 12 por ciento, y descontamos de las potenciales indemnizaciones toda utilidad superior a esta cifra. Y como algunas empresas —oiganlo bien, compañeros cubanos— llegaron a obtener el 21, el 30, el 77, el 210 por ciento de utilidades algunos años, descontando el excedente sobre el 12 por ciento, no recibieron indemnización. Pero nos hemos hecho cargo de las deudas de esas compañías, porque ellos no reinvirtieron utilidades sino que contrataron empréstitos y créditos para ampliar planes de producción que fracasaron. Es el pueblo de Chile el que debe pagar 726 millones de dólares de los créditos de esas compañías.

Así hemos procedido, dentro todavía de un criterio jurídico, modificando la constitución que un Congreso —en que el gobierno es una aplastante minoría— aprobó por unanimidad.

Y, sin embargo, desconociendo las resoluciones internacionales, desconociendo la aplicación de las normas constitucionales de mi patria, desconociendo la soberanía de Chile, el fallo de nuestros propios tribunales, han intentado en los tribunales de otros países que se embargue nuestro cobre, o el valor de él, para crearnos dificultades comerciales.

Por eso, ante la conciencia del mundo acusé también a la Kennecott, como acusara a la ITT de tratar de agredir a Chile para barrenar las bases del gobierno y recuperar sus privilegios.

Pero el pueblo de Chile ha madurado, la voluntad revolucionaria de las masas está presente, su sentido patriótico y nacional de nuestras Fuerzas Armadas, late en la voluntad del padre de la patria, a quien calificará Martí como un “soldado visionario” y como un “estadista creador”.

Por eso venceremos, camaradas, al imperialismo agresor y venceremos a la reacción fascista.

Compañeros, bien ha dicho Fidel Castro: “Chile no está solo”. Los tiempos han cambiado, la correlación de fuerzas en el mundo es distinta y la conciencia de las masas en el logro de sus legítimos derechos sacude a los distintos continentes, aplastados por la explotación capitalista.

Los países del Tercer Mundo ya levantan su voz en organismos internacionales, toman acuerdos y compromisos para luchar contra el enemigo común y para ganar la victoria de la independencia económica.

En el caso de nuestro país vale señalar, por ejemplo, que los países productores de cobre como Zaire y Perú, más Chile, se han reunido, primero en Europa y después en Santiago, con la presencia de sus ministros de Energía y Combustible, para marcar la decisión irrenunciable a defender nuestros productos esenciales, a impedir la especulación con los precios, a no dejarse empujar para cubrir los mercados que se le quiten a un país, como quisieron hacerlo en el caso de Chile.

Los países productores de cobre se han vinculado con los países productores de petróleo. La OPEP y CIPEC son eslabones de un comienzo que ha de justificar una decisión más amplia, para decir basta a la explotación, a la penetración, a la espoliación de que somos víctimas.

Y ya no son sólo los 77 países, sino que son 90 los que empiezan a conjugar un lenguaje que, con matices distintos, tiene el mismo contenido.

Y por ello, no es de extrañarse que, además de la actitud ejemplar de Cuba, en el caso de mi patria hayamos sentido la solidaridad de los países del Tercer Mundo, de pueblos y gobiernos de América latina, que hayamos sentido la solidaridad de miles y miles de gentes del campo del propio capitalismo industrial. Y por cierto, hemos sentido la solidaridad amplia, comprensiva y generosa, de los países del campo socialista.

Hay algo que está indicando que hay una voluntad nueva y una conciencia distinta, cuando los trabajadores del puerto de Le Havre o de Rotterdam, en Francia y en Holanda, se niegan a descargar el cobre que la Kennecott decía que era de ella. E igual actitud habrían asumido los trabajadores de

Suecia si esa compañía hubiera entablado una demanda de embargo.

Y son los trabajadores organizados sindicalmente los que, en respuesta a la demanda de la Central Unica nuestra, han dicho que se reunirán para denunciar ante el mundo lo que son las empresas trasnacionales y la manera con que pretenden mantener sus privilegios y sus granjerías.

Y si esto ocurre en los países del Tercer Mundo, aquí en América latina ya empieza a sentirse el latido de la Historia, golpea el ayer nuestras conciencias, y son también las masas y los gobiernos los que entienden la necesidad imperiosa de una actitud que permita a nuestros países romper la dependencia económica y conquistar la plena independencia política.

No pueden los pueblos seguir viviendo con el peso brutal de las deudas que nos han empujado a contraer. Setenta y cinco mil millones de dólares deben los países en vías de desarrollo. Jamás podrán cumplir los compromisos derivados de las exigencias de amortización e intereses. Pueblos hambrientos, con cesantía, con falta de viviendas, con incultura, teniendo que hambrear masas y masas para cumplir compromisos que pegan brutalmente sobre nuestro potencial desarrollo.

Por eso es que se siente la voluntad de América latina, que se expresa en la protesta del Perú frente a la insolencia también de una empresa imperialista petrolera, o cuando nuestros países reclaman el respeto a nuestro mar territorial o patrimonial, para poder defender las riquezas que quieren también arrancarnos. Ayer las minas, hoy el mar. ¿Qué nos quieren dejar, cuando también se llevan de nuestros pueblos a nuestros técnicos, a nuestros profesionales, que el pueblo gasta en educarlos y que necesitamos tanto para la cultura y la salud de nuestros hijos?

Por eso América latina empieza a vivir la protesta que, ayer silenciosa, hoy tiene contenido. Y el ejemplo de Cuba y el camino de Chile y al derrotar las fronteras ideológicas, al dialogar en el Pacto Andino, al visitar a los pueblos que he visitado —como Argentina, como Perú, como Ecuador y como Colombia— al ver a México, a Venezuela y Argentina que quieren vincularse al Pacto Andino, que han limitado las inversiones foráneas y las utilidades de los grandes capitales, cuando vemos que la integración da pasos pequeños, pero que representan un avance, sentimos también la profunda confianza que sentimos cuando vemos que la voluntad de los pueblos obliga a los gobiernos, que la voluntad de los pueblos rompe el bloqueo, que ayer como primer gesto, Chile reanuda sus relaciones con Cuba, que las mantiene México, que las alcanza Perú, y que ahora cuatro pueblos del Caribe se suman al derecho supremo nuestro de ser hermanos de la Cuba revolucionaria.

Por eso, queridos compañeros, es que tene-

mos que darnos cuenta de que ustedes han contribuido, y mucho, a fortalecer esta fe en nosotros mismos y a sentirnos más solidarios, y más que nada hombres nacidos en tierras distintas, pero que tenemos un patrimonio común y que, siendo cubanos o peruanos o chilenos, somos también latinoamericanos. Por ello es que tenemos que entender que hay una quiebra y una crisis del sistema interamericano, que no fue concebido por nosotros, los latinoamericanos, que no corresponde a los reales intereses de nuestros pueblos, que los gobernantes ya comprenden su ineficacia y que la Alianza para el Progreso, última gran tentativa política de mantener la hegemonía, demostró su fracaso e ineficacia.

Nosotros lo hicimos presente en 1962. Dijimos que el sistema interamericano era un sistema vulnerado, un sistema establecido para dividir a los pueblos latinoamericanos, para aislarlos —como en el caso de Cuba—, para mantener el bloqueo, para atacarnos inclusive, torciendo las bases jurídicas, y condenarnos a la explotación de siempre. Es un sistema moralmente descalificado, políticamente ya que está al margen de la realidad de nuestros pueblos, y económicamente repudiado.

El sistema interamericano debe ser reemplazado por la organización de un auténtico sistema que defienda a los pueblos latinoamericanos, por un sistema latinoamericano en que conjugemos nosotros nuestro propio lenguaje, que encaremos nosotros nuestras propias necesidades, que levantemos nosotros nuestra voz de pueblo-continente, que hagamos respetar nuestra cultura y nuestra historia, nuestra dignidad y nuestro derecho a la vida digna de pueblos dignos.

Por eso, Chile, en el proceso revolucionario que vive, proyecta la imagen de su lucha fundamentalmente a Latinoamérica. Cuando los pueblos sean gobierno, cuando las masas populares —y no será tarde— adquieran la dimensión de su fuerza, cuando el campesino sepa que le entrega el pan y el minero la riqueza, cuando la mujer de este continente se cansa de llorar, reclamando alimento para sus hijos, cuando América sienta el llamado de la Historia, entonces hablaremos el lenguaje común, y entonces estará presente en la plenitud de sus derechos el pueblo revolucionario que con el machete en la mano destruyó la maleza imperialista para levantar la caña fresca y dulce de la amistad latinoamericana.

¡Viva Cuba revolucionaria! (Aplausos y exclamaciones de: "¡Viva!")

¡Vivan los pueblos latinoamericanos! (Aplausos y exclamaciones de: "¡Viva!")

¡Vivan los jefes y el pueblo revolucionario! (Aplausos y exclamaciones de: "¡Vivan!")

¡Gracias, compañero y amigo, Comandante de la esperanza latinoamericana, Fidel Castro! (Ovación).